

de otros necesitados, principalmente si frecuentaban las funciones del templo. Aprendido había en la biblia esta misericordia. ¡Milagro de la divina bondad! El piadoso Señor había dispuesto que de aquel informe resto de biblia, como es la biblia anglicana, mistress Needle, como tantas otras almas buenas, sacase la miel de la piedad y el aceite de la compasión (1). A veces Julia medio burlándose y medio seria, le decía:—Os veo siempre con vuestra biblia en la mano, y si no estoy en un error, algún buen pensamiento sacais de ella: me recuerda esto aquel pasaje de la Escritura: “A fin de chupar la miel de la piedra y el aceite del peñasco durísimo.”

—¿Qué quieres decir?

—A mi modo de ver, la biblia vuestra no es Biblia, siuo un libro malo; con todo, Dios se sirve de él para hacernos bien.—

[1] Me indicaron que la frase *un resto de biblia* es demasiado severa. Significa sólo *Biblia mutilada*; que la biblia anglicana lo está, es de fe, por faltar en ella varios libros canónicos. Este defecto (además de otros) hace que sea un *libro malo*, por ser un sacrilegio quitar á los fieles la sagrada palabra de Dios. Por ello la iglesia lo prohíbe.

## LX.

## CUIDADOS PARROQUIALES DE UNA SEÑORA.

Si mistress Needle derramaba con gusto de todas maneras limosnas abundantes en el seno de los infelices, mucho más cordialmente hacía descender el benéfico rocío sobre la tierra infecunda del pobre cura. Era éste un buen hombre, no ignorante ni docto, no impío ni furioso en su fe; enemigo de la Iglesia católica, por oficio, mas sin ódio; adversario mortal del *Ritualismo*, porque le había dado ocasión para serlo; ferviente secuaz del Alta iglesia, á la que amaba mucho y conocía poco, por no haber estudiado nunca el *Book of the Common Prayer* y mucho menos la Escritura: desempeñaba su papel de ministro por ser muy práctico, como hijo, nieto y biznieto de sacerdotes. Hallándose en Parque verde por gracia de mistress Needle, bendecía su fortuna, que le había dado un poco de tranquilidad, si bien con pan escaso. No tenía inconveniente alguno en tomar una disposición parroquial, si no quebrantaba los treinta y nueve artículos, y complacía á la patrona, encontrándose resuelto, sin

embargo, á cambiarla, si el señor John, llegado á la mayor edad, la desaprobaba. Interin los tiempos le mantuvieron en su cargo ó se lo quitaran, gozaba el presente y reconocía en la poderosa dama, no sólo la más edificante ovejuela, sino también la más pingüe, la de más leche y la más docil para el esquileo.

En cambio de su caritativa largueza, mistress Needle no exigía nada difícil de su reverendo pastor: pedía solamente alguna deferencia á sus consejos, siempre ventajosos para él y para su rebaño. Era su consejera nata, porque además de haberlo elegido y puesto en lugar de prebendado titular, le había obtenido el usufructo de la casa rectoral y del jardín, le había también abierto camino anunciando anticipadamente su llegada, así como enalteciendo sus prendas, y le conservaba su favor contra los malévolos y los sediciosos. Como si esto no fuese bastante, mezclaba elaba lo útil con lo dulce, porque lo trataba con finos cumplimientos, realmente desusados en los señores respecto de los ministriles de segunda fila: le invitaba no pocas veces á comer, admitía asimismo á su esposa en los salones, como si fuese una señorona, por más que no recibiera en aquel

dia forasteros en el castillo, y dejaba que las hijas del cura gozaran los encantos de su Parque juntamente con sus propias niñas. Julia, en estos casos, ó no decía nada, ó hablaba de cosas insignificantes.

En tanto que los demás se divertían á la sombra de las plantas, mistress Needle hablaba reverente y de un modo bíblico con su pastor, á quien iba proponiendo las disposiciones que le dictaba su celo y las tesis más saludables que convenía tratar en el sermón del domingo siguiente:—Ved, mi reverendo señor; es preciso *poner la segur en la raíz* y no *herir en el aire*; de otra manera como el Apóstol dice, sólo llegase á ser *un bronce retumbante ó un címbalo sonoro*

—¿Cómo? ¿No advertis, mi buena señora, que de no poco tiempo á esta parte he puesto manos á la obra con el mayor ahinco? Me ciño á precaver vuestras indicaciones sapientísimas. Miro precisamente á la fe, que es *raíz de la salud*. Sin que intente vanagloriarme, me siento fuerte en punto á polémica, y paréceme que estoy en mi elemento cuando me pongo á maltratar el papismo.

—Es muy cierto, respondió la Needle, y os doy por ello mi enhorabuena. Pero en

mi sentir convendría reservar la controversia para los felices días en que tenga el honor de veros á mi mesa. Hablad con mi John, haciendo que pierda sus aficiones al puseísmo y al papismo; venid también armado de argumentos, seguro de que vuestras palabras me parecerán una música de suave armonía. ¿Qué se gana en los domingos de invierno chillando dentro de la iglesia contra el Papa y contra nuestros anglicanos semi-ritualistas? Nuestros inquilinos y carboneros miran con tanto interés los treinta y nueve artículos, como los treinta y nueve latigazos sufridos por San Pablo. Moral (me someto á vuestro juicio), moral se necesita, y moral práctica!

—Decís perfectamente, señora: vuestro talento religioso solamente os inspira cosas buenas; sin embargo, reconoced que conviene algún espolazo contra los novadores. Por supuesto, se ocultan lo mismo que los hongos; el invierno pasado supe que había una gran fermentación de *ritualismo*, sobre todo en los contados de la clase media; y yo, zurra.

—No quisiera, repuso la Needle, que conocía los malos humores latentes y hubiera querido poner un poco de ceniza en el fuego, no quisiera que, por golpearlos de

masiado, hiciesen cosas peores. Me ha llegado un rumor, según el cual ciertas cabezas sin seso se juntan íntimamente con el fin de darnos algún disgusto. Será falso; pero es siempre mejor no azuzarlos. Si se predica la moral, nadie se puede considerar ofendido. He oído este invierno á los predicadores papistas en Italia: truenan siempre contra el vicio, y raras veces se ponen á defender la fe. Me dijeron que juzgan las conferencias polémicas un exceso de predicación, útil á las grandes ciudades, pero impropia de los pueblos. Dejemos pasar sus eternas charlas, con el fin de compeler el pueblo á la confesión, aunque atormenta oírlos: siempre, sin embargo, es verdad que cuanto es pestífera la doctrina romana, tanto es astuto y eficaz el modo de infundirla.

—¡Oh! ¿Quisiérais, pues, preguntó el cura, que diésemos misiones aquí, según la costumbre de Italia?

—Me complacería muchísimo, si fuese posible, respondió la señora. En Francia, en Italia, en Alemania y en los Estados Unidos las misiones de los católicos restablecen la práctica de la vida cristiana.

—¿Y quisiérais ver estas bataholas en Parque verde?

—No las bataholas, dijo la Needle, sino la sustancia. Ciertamente no quisiera ver á la Biblia llevada en procesión, como llevan ellos sus vírgenes, entre cantos y gritos; pero me regociaría mucho al ver á nuestros obreros y campesinos hormigueando en torno de la casa de Dios, ávidos de oír la palabra santa, dejándose llevar, según ví no hace mucho en una campiña toscana, la de la mano de un misionero como niños ingénuos. Mucho me complacería todo esto; duéleme que la predicación entre nosotros haya venido á ser una cosa muerta, y casi una voz en el desierto.

—¡Siempre bueno vuestro corazón! replicó el cura. Mas para poder algo en el pueblo, convendría que tuviésemos los medios eficaces de que se sirven los ministros papistas. Nosotros nos agitamos mucho; mas nuestros expedientes se reducen al sermón del domingo, que no se oye, y punto final. Por supuesto, es una necesidad, va que no un bien. ¿Cómo, si no, podría un ministro cuidar de su familia?

—Comprendo, comprendo, dijo la Needle, á quien la indicación no parecía muy oportuna. Con todo, aún el sermón, entre la solemnidad del servicio religioso, agregado á la santa Cena, podría ser un instrumento

de conversión, si se calcase con celo sobre la moral. Al fin, la palabra de Dios es una *espada de dos filos*, como dice la Escritura, y la *voz del Señor que rompe los cedros*: por mucho que haya languidecido el fervor de nuestra iglesia, la *palabra de Dios no está atada ni vuelve atrás sin fruto*.

—¿Sabeis lo que se necesitaría para mover las turbas de *corazón incircunciso*? Os lo diré. Deberíamos, como los predicadores papistas, hacer sonar alto las amenazas del Eterno.

—¿Y quién lo impide? respondió la Needle. En el nuevo testamento figuran los sermones de San Pablo y de San Pedro: no añadiríamos á ellos nada intimando el juicio universal, y la presentación de Jesucristo entre nubes para juzgar al mundo.

—Intimaban, añadió el cura, con frases notorias el infierno. . . .

—¡Esto no, por merced! exclamó vivamente disgustada la religiosa *pielista*: ¡mil veces no! Es una de las cosas que más me disgustan en las prédicas de los papistas, y los protestantes la dejan aparte ahora universalmente. Parece que los sacerdotes católicos se complacen en atormentar á sus fieles, no acaban nunca de hablarnos de

humo, azufre fuego, llamas, incendios y hogueras. Al oírlos, juzga uno sentirse ya sobre las parrillas, con carbones encendidos debajo y encima, como también que los diablos le atizan y tienen clavado en sus arpones. ¡Y pensar que dicen tales cosas á damas gentiles y á doncellas delicadísimas! ¿Es posible que la infinita Bondad quiera ser cruel así con las más elegantes y sensibles criaturas? ¡Nunca, nunca!—

Al reverendo cura Star, que después de todo no era un tonto ni un incrédulo, se le ocurrían los muchos terribilísimos textos de la Escritura, en los cuales Jesucristo denuncia el fuego infernal, declarándolo eterno; parecíale de fe clarísima la verdad, y fundada en argumentos perentorios. Sin embargo, como no le pedían que renegara del artículo de fe, sino que insistiera poco en él, no dió señal de maravilla.

Mistress Needle, insistiendo:—Si se contentaran con predicar un castigo pasajero proporcionado á las culpas, menos mal. Pero no; procuran prolongarlo todo lo posible, y hacen exclamaciones sobre la eternidad del fuego; se agitan y mueven á gusto en aquella prisión sin salida y en aquellos abismos de desesperación que nunca se pueden dejar. . . . . No comprendo por qué

Pio IX, que tiene fama de pontífice más templado y benigno que otros, permite aun tales excesos.

—¡Excesos excesos! Decías perfectamente, respondió el cura. Sea lo que sea el dogma en sí, convengo en que mencionarlo mucho es una imprudencia. Sé que una gran señora impuso como primera condición á su capellán que nunca se lo mentase, no por infidelidad, sino por prudencia (1). Sobre todo, hablando á personas del sexo gentil, nunca se deben explicar los pasajes evangélicos con interpretaciones severas.

—He aquí, replicó la Needle, la ventaja del libre examen. Aun á mí me dió antes la ocurrencia de tomar literalmente las palabras de Jesucristo *Id, malditos, al fuego eterno*; pensaba en ellos con viva fe, me ponía en secreto á temblar y las recordaba á mis hijos; pero hace tres años que nada les digo del asunto. Me parece mejor entender dichas frases como una simple amenaza caída de los labios del Redentor, á fin de atemorizarnos, y nada más. Estamos entendidos, por consiguiente: de-

[1] Un docto inglés calificó este suceso de improbable. Sin embargo, es histórico, y podría llamar con su nombre á la dama inglesa que prohibió lo dicho á su capellán.

jamos el infierno y la eternidad para los papistas: *ni siquiera nombrarlos*.

—Sereis servida, señora, con muchísimo gusto. Cada uno es libre para entender la Biblia como le parece mejor. En cuanto á mí, nada me cuesta tomar ó prescindir de un asunto.

La Needle:—Acaso faltan temas de sermones? Existen las ocho bienaventuranzas, así como las exhortaciones sobre la caridad con el prójimo, sobre la tolerancia, sobre la limosna y sobre cien cosas más que no turban la conciencia de nadie. Existen, además, para el que usarlas sepa con parsimonia, las controversias contra el papismo, y las novedades corrientes. ¿A qué fin, pues, horripilar á las mujeres con las llamas eternas? Fuera de que, para nosotros, en las aldeas existen siempre asuntos naturales, si queremos emprenderlos (la celosa protestante hacía causa común con su cura), contra el ocio, contra la pereza, contra la embriaguez, etc. Espero de vos, á la brevedad posible, una magnífica repulsa que deberá caer sobre los holgazanes que pasan el domingo y el lunes desocupando vasos en la taberna. ¡Verdaderos brutos! Se juegan en media hora el jornal de la semana, y á sus mujeres quédanles sólo en to-

da la siguiente ojos para llorar. ¿Lo sabeis? En cierto lunes un jefe de la mina no encontró brazos bastantes; si el hambre no les compele al trabajo, no hay forma de que tomen el camino de los fosos: caro ministerio, reñid, y reñid de firme; vaciad el arsenal de la Biblia contra los bebedores; sed duro contra los rateros de campiña; echad lejía ardiente sobre los colonos corrompidos que no están nunca en disposición de ajustar cuentas con su señor.—

Al oír esto el fiel cura disponía el plan del próximo sermón. Así en gracia de los pródigos consejos de mistrees Needle y de la naturaleza morbidísima del predicante, florecía la predicación en la parroquia de Parque verde: la predicación suave y conciliadora, que no compelia á los anglicanos contra los *puseistas* ni á los *puseistas* contra los anglicanos; la predicación que ayudaba á la señora á percibir sus alquileres, que ponía en ridículo á los bebedores y tahures, y que no irritaba los nervios de las tiernas *ladies*, semejantes á la yerba sensitiva, que iban en gran número á poblar aquellos alrededores durante el veraneo. En su virtud, la buena mistress Needle se exaltaba en su interior, juzgando la acción buena y meritoria, si no delante de Dios,